

de pasar más allá de una etapa primitiva? Influencia renovadora de la cual siempre vivimos apartados, ora por las exclusivistas dictaduras de que ya hablamos, ora por nuestra propia negativa en tomar del nuevo abono, afe-rrados a la fuente original, al cordón umbilical ahora empobrecido y estéril, no ya por fanatismos doctrinarios, sino por la dura experiencia que habíamos adquirido, todo lo cual debía conducirnos por ley natural a la degeneración y anquilosamiento en todos los órdenes, terminando en el relajamiento moral que implica la auto-destrucción como seres inteligentes, al modo como ha ocurrido en otros muchos pueblos del Oriente. Pero aquí, el nuevo abono o corriente renovadora que nos ofrecían, o sea los hombres de la nueva cultura, con los que nos querían cruzar eran nuestros proverbiales enemigos que nosotros llamamos siempre "ladinos", los que sabíamos que vendrían a procurarse su propio bienestar y prosperidad a expensas de nuestros enrarecidos haberes, lo que seguiría impidiéndonos a tomar mayor cosa de ellos aun cuando nuestro déficit mental nos permitiese comprender su conveniencia; y lo poco que pudiéramos tomar —porque estando relacionados y no aislados nunca se podría evitar tomar algo—, nos negaríamos en seguida a revelarlo o a exhibir tales adquisiciones en ninguna parte, si no queríamos pasar por "indios mixtados" o aladinados, debiendo ocultar incluso hasta los mismos hijos, que habrían sido bastardos y espurios. Por esto nos oponíamos siempre a adaptarnos al ambiente de civilización así llamado, a lo cual se debía, en la mayoría de nosotros, aquel estado indefinido, vago y deforme ya referido que presentaban, deformidad que parecía que iba a ser eterna como era eterna aquella su resistencia a adaptarse a tal ambiente, a menos que interviniese un tercer factor que desgraciadamente bien podía ser la demagogia. En cambio, si nuestros ladinos nos hubiesen tratado desde un principio con la blandura e indulgencia a que todos como humanos tenemos derecho, nuestra mencionada resistencia habría sido mínima y fugaz —omnia vincit amor—, porque hubiéramos acabado por dejarnos conducir de la mano, desapareciendo el problema nacional que nosotros decíamos que representaban ellos y ellos decían



que representábamos nosotros, siendo que actualmente éramos los dos como términos de un mismo binomio, sólo que correspondiendo a ellos la máxima culpa porque eran los que decían que veían. Ellos, pues, debieron haber empezado por desarmar sus propios cerebros y demostrar al fin que tenían corazones, dado que ellos eran nuestros victimarios. Pero, lejos de eso, esperaban y exigían que nosotros debíamos empezar dándoles nuestro amor para que ellos a su vez nos pudieran dar el suyo, lo que difícilmente podía suceder por razones históricas —cuantas veces obramos así nos había ido peor— y por razones de psicología experimental bien conocidas: los sentimientos no brotan por generación espontánea. ¿No dijo San Juan de la Cruz que donde no hay amor hay que poner amor para sacar amor? Les hubiera, pues, bastado tratarnos con benevolencia para remediar aquella inestable situación, pero una benevolencia sincera y perseverante como la empleada al tratar a un niño, que nosotros éramos también casi niños, sin pensar con exclusividad en cruzamientos materiales, que el despertar a la vida consciente no se gesta en vientre de mujer sino en el laboratorio del alma, trabajándose allí como trabajaron nuestros amados Maestros, con amor y sabiduría, con lo cual ellos y nosotros habríamos alcanzado al final la llave del futuro. Desdichadamente, aquellos hacían depender la perfectibilidad humana de la simple procreación, olvidándose que lo que se hereda de la materia, materia es, y que según son los padres así son los hijos, máxime si estos últimos iban a seguir siendo abandonados para ser criados por nosotros mismos en nuestro mísero ambiente y a nuestro rústico modo, como había ocurrido siempre en las fincas y fuera de las fincas; siendo que aquel despertar depende, como se dijo, de los valores morales conscientemente vividos de la familia y del hogar: sólo el espíritu engendra espíritu. Las demás características corporales: tamaño, color, complexión, etc., son secundarios y tarde o temprano advienen por añadidura. Suerte, pues, que nunca pasaron de la intención a la práctica en esto de importar europeos, no a causa de un razonamiento como éste, que jamás lo tuvieron en cuenta, sino porque al pensar



y reflexionar en tal medida la hallaron de doble filo: que estos colonos, por su mayor experiencia y cultura suelen llegar al día en que desalojan y suplantán en los puestos más descollantes de la política a los mismos "benefactores" que los invitaron a venir...

"Pero a la luz que por fin nos entró por la ventana pudimos mirar, ¡ay dolor!, la vida miserable que habíamos vivido hasta aquí y que, con poca diferencia, vivíamos todavía. Ciertamente que ya se nos había mejorado la higiene, pero seguíamos desnudos; mejorando también la dieta, pero seguíamos desnutridos; los patronos, por último, a regañadientes, habían renunciado ya al látigo, pero no a las palabras groseras que ahora nos sabían a latigazos, por seguir ellos sosteniendo sus mismos puntos de vista que siempre, todo lo cual convergía en mantenernos la herida abierta, la que era hoy más sensible que nunca, "pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo, ni mayor pesadumbre que la vida consciente", como dijera el poeta. Y, con las fuerzas que nos había dado el despertar, comenzamos a luchar por nuestros fueros, luego de despedir a los que interesadamente pretendían seguirse llamando líderes o consejeros nuestros, que si ahora se daban apariencias de corderitas, bien que sabíamos su natural de fementidos apóstoles; lucha cuyo primer objetivo era el de convencer a los demás que, como hombres que somos, debían considerarnos en un plano de igualdad con ellos mismos para marchar nosotros también con la frente en alto, ya no con el vacío orgullo del quetzal, sino con el sólido sentimiento de la suprema victoria, deseosos de ocupar un digno lugar en la sociedad de hombres libres de Guatemala, como correspondía en justicia y en derecho. Pedimos, pues, a los señores, siempre dentro de las más pacíficas normas, un trato más honesto, más en concordancia con nuestro nuevo ser para seguir juntos en la senda que lleva al engrandecimiento patrio que suponíamos que ellos también lo deseaban. Pero, pese a toda nuestra elocuencia, que si carecía de poesía rebosaba en cambio de sinceridad, todo fué inútil: sus oídos seguían sordos a nuestros clamores y ruegos, y petrificados sus corazones por querer tenernos siempre sin dere-



chos y seguir sirviéndose de nosotros en su ambición eterna y desmedida. Continuaban, pues, creyendo que las cualidades antisociales y no las sociales son las que constituyen los elementos de cohesión en las sociedades. De ahí que para ellos era razonable que los hombres permanecieran agrupados sólo para explotarse y oprimirse unos a otros, hasta considerar que el justo orden de las cosas está en que todo rinda para uno, y sólo para uno, según el principio no filosófico sino bestial del utilitarismo, al grado de creer que había pocas probabilidades de progreso para el país si se basaba en algún ideal como decir en la cooperación para el beneficio común, ya que sus prejuicios les habían cerrado el entusiasmo, su avaricia la conciencia, y su vanidad la razón y todo lo que aún les pudiese quedar abierto, para acabar por ocultar su personalidad bajo el ropaje de una individualidad grosera y agresivamente arrogante que, como ya fué dicho, no dejaban de gastar hasta entre ellos mismos, oponiéndose de plano a todo lo que pudiera redimirnos a nosotros y a los demás, y haciéndose por ello culpables de un crimen de lesa nación. Aunque ahora establecíamos diferencia entre éstos y el jefe del gobierno, pues los últimos cuatro gobernantes lucharon abiertamente porque todos nos dieran buen trato, y todos fueran justos con nosotros, legislando en tal sentido; pero la masa ladina se ingeniaba medios para no cumplir esos preceptos y burlar esas leyes y códigos y seguir siendo ladina, excusando su propia crueldad para con nosotros con decir que no era cierto que nos hubiésemos renovado si seguíamos siendo raquíuticos y con los cotones agujereados, siendo como eran incapaces de ver a través de esos agujeros, porque sólo con el alma se mira el alma. Pero esta conducta suya no debía de extrañarnos, que en su preocupación por resolver el problema fundamental de Guatemala, los gobiernos empezaron la educación de abajo hacia arriba —aunque sin haber llegado nunca arriba—, en vez de haber sido al revés, de arriba abajo, pensando quizá que después se llenaría el vacío de arriba legislando especialmente, lo que debía ser un error craso, pues no es emitiendo leyes de prohibición ni ampliando y hasta creando nuevos códigos penales, como



se alcanza la igualdad en un pueblo, sino educando conscientemente y desarrollando la comprensión primero de aquellos que mayor influencia tienen en los demás.

“Y el doloroso conocimiento de todo eso, si es verdad que nos acercaba a Dios, nos alejaba en cambio de tales hombres que jamás tuvieron límite en su maldad y en su ignorancia. Porque era imposible esperar que pudiéramos vivir indefinidamente de sólo teorías y buenas intenciones como hasta ahora, y que a la larga nos llevaría de nuevo al mismo estado del que tan difícilmente habíamos logrado salir. Pero tampoco debíamos permanecer alejados de ellos, que todo alejamiento entre los hombres fueron nunca provechosos para nadie. ¿Qué hacer, pues? Ante nosotros no había más que un camino, que, sin vacilar, decidimos seguir. Fué entonces que los apodados indios, sabiéndonos hasta maduros para alcanzar y hacer uso de la segunda etapa del derecho ciudadano cual es la de ser electos y conquistar lo que nos pertenecía como mayoría que somos, resolvimos no habilitar más caudillos extraños, sino rehabilitarnos nosotros mismos uniéndonos legalmente en el partido que se llamó de los campesinos, cuyo lema era la Justicia, la Igualdad y el Trabajo, o sea lo mismo que aquéllos nos negaban.

“Y había que ver cómo se reían cuando fuimos a inscribir nuestra candidatura, lo que ellos estimaron como el más grande de los absurdos y la más disparatada de las locuras, a lo cual querían añadir que éramos absolutamente incapaces; en una palabra, repetían a más y mejor lo que los europeos dijeron de ellos mismos el día de la Independencia. Y sin dejar de reír se preguntaban: “¿Desde cuándo los indios, con ambiciones? ¡Si estarán locos!...” Y aunque finalmente fué inscrita, seguían riendo y comentando: “¿Unión entre los indios? ¡Pero si hablan distintas lenguas! Ridículo es creer que puedan entenderse”, olvidando que las almas sí se entienden cuando sufren la misma pena y lloran el mismo duelo, a despecho de todos los obstáculos levantados por la mano del hombre, y olvidando también que nuestras simientes, cuando no son sembradas en la roca de sus pechos fueron siempre germen de las más ricas espigas, por ser regadas con nuestras



lágrimas y oraciones. Y de esta manera fué cómo sembramos y cultivamos, hasta llegarse la hora de la siega, pues, como dijo el Rey Salomón, "para todas las cosas hay sazón, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su tiempo: tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado", llegándose con ella la hora de nuestra liberación, desplomándose entonces, como las murallas de Jericó, las oxidadas rejas de la jaula o, mejor, de las jaulas que nos sujetaban —porque éstas eran dos, habiendo tenido que vencer primero la interna de la ignorancia para poder salir de la otra que aprisionaba el cuerpo. Y frutescencia de tal siembra es el actual régimen que ha resurgido de entre las cenizas del crematorio como nueva ave Fénix, y en el mismo solar histórico de sus mayores. La rueda, pues, ha dado toda la vuelta, y aquí estamos. ¿No prueba esto que hay un Dios dirigiendo todas las cosas, castigando aquí y premiando allá? "Dios es el que guía las revoluciones entre las naciones como las tempestades en el cielo". Pero escrito está que mientras hayan aguijones, se seguirán dando coces contra ellos, y mientras hayan vendas sobrarán quienes prefieran llevarlas en los ojos, ansiosos de olvidar que hay ciertas cosas que sólo obedecen a las leyes de techos arriba; leyes más altas que las propias que ellos mismos violaban, una autoridad contra la cual no valen vanaglorias, un poder al cual ellos tuvieron la temeridad de oponerse. Sólo Aquel, permanecerá hasta el fin. Y es a El a quien debemos nuestro gobierno.

Hiperestesia o ilusión, el hecho fué que advertí entonces en torno a su cabeza el halo radiante que corona a los santos. En verdad que el ambiente se había hecho místico, y casi ya era celestial. Hasta me creía capaz, aunque no lo intenté, de alzar el vuelo con mis alas de ángel y remontarme a las alturas gloriosas: tan liviano me sentía; impresión ésta que supongo contribuía a darme la elevada terraza en donde estábamos y el vago resplandor del cielo que iluminaba la incesante quemazón de pólvora. Pero si el tiempo antes era oro, ahora es diamante, y, volviendo a la realidad, pronto comenté:



—Gobierno que, tengo entendido, salió electo en sufragio libre, ¿no?

—Sí, libre —respondió—, porque no hubo medidas oficiales que restringiesen la votación, no tanto por unanimidad, cuanto por haber creído imposible que consumáramos nuestra unión, pues, además, confiaban en haber sobornado a muchos de nosotros, al modo como en los tiempos “democráticos” así llamados compraban nuestros votos con un “fresco”, un “puro” o una cajita de fósforos, pero dispuestos por otro lado a no entregarnos el poder si, demostrando ser conscientes, obteníamos la unión y la victoria.

—Veo que usted estaba bien informado —le dije, no sin sorpresa, recordando lo que me habían dicho en su oportunidad los ladinos, incluyendo al presidente de entonces.

El contestó sin abandonar su calma:

—No fué difícil saberlo, que para los ladinos los secretos fueron siempre a voces. Suerte para todos —agregó— que la unión la realizáramos ya redimidos, que de habernos unido prematuramente, es decir, antes de la sazón, no hubiera quedado con vida ni uno de ellos: nuestros ríos se habrían encarnizado y vueltos vasos de sangre, tal vez sin paralelo en la historia, y nuestro cielo azul se habría teñido de rubor.

—Desde todo punto de vista —hice observar—, a ellos más les hubiese valido, me parece a mí, haberse ganado por buenas la voluntad de ustedes. ¿Me equivoco?

—Nada más correcto que eso, pero se los impedía su arrogancia y sus desmedidas ambiciones, las que habían colocado muy por encima de todo, hasta de su propia razón. Sin embargo, en los últimos tiempos algunos trataron de seguir esa lógica, ablandándose de pronto y regalándonos con sonrisas y hasta invitándonos a sus lujosas residencias para ofrecernos, al lado de un banquete, sus personales servicios como “desinteresados y discretos consejeros”, cuando no eran tentativas de sobornos. Pero era demasiado tarde: como siempre, habían esperado a que el enfermo se agravase para aplicar la medicina. Nosotros estábamos crecíditos ya como para preferir ca-



minar por nuestros pies. Y lo chistoso fué que ante el fracaso de sus sonrisas nos llamaron ingratos y hasta desalmados, como si una hora de halagos, que eran más bien adulaciones, pudieran hacernos olvidar tantos siglos de despotismo y crueldad.

—Tiene razón... ¿Y es también verdad que a usted mismo debieron en gran parte los indígenas aquel despertar glorioso que los capacitó después para realizar esta unión fecunda?

—No hice más que cumplir con mi deber de hombre y de ciudadano, el cual cumplimiento ya se hacía impostergable. Y a eso es debido el que me hayan honrado con el sobrenombre de El Reformador, como ya usted debe saberlo, yendo algunos hasta desear colocarme en efigie sobre el pedestal que sustenta a Barrios en la plaza de ese nombre; pero nada de esto merezco yo. Esas palmas quien las merece es el pueblo mismo que supo hacerse digno hasta de servir de instrumento de la Justicia Divina; esa masa ayer mismo merecedora de tanta lástima y hoy digna de toda admiración al haber tenido la paciencia y buen juicio de esperarse a recuperar por medios legales lo que con saña y criminalmente le habían arrebatado.

—¿Debe entenderse —le pregunté, otra vez sorprendido— que los ladinos van a ser ahora despojados?

—No. ¿Por qué? Recuperar por medios legales y despojar son dos cosas muy apartes y opuestas.

—Perdone mi torpeza —me apresuré a disculparme, profundamente avergonzado—. Y ¿a qué tribunales —pregunté después— habrán de acudir con tales demandas?

—Su pregunta es muy natural —contestó—. Asimismo nos preguntábamos nosotros cuando en el principio alguien nos aconsejaba que reclamáramos ante los tribunales de justicia las tierras que por entonces nos seguían arrebatando, sabiendo como sabíamos que los mismos jueces pertenecían a la casta de los acusados. Pero hoy es distinto; y todos, incluso los ladinos, contarán con tribunales justicieros, porque éstos ahora son constituidos por la misma conciencia del pueblo, que es la de Dios. Y observe de paso que ésta es la primera vez que concienzu-



damente podemos hablar de este pueblo como una entidad consciente.

—Y a fe mía que es de veras envidiable poder hablarse así —le dije—. Pero permítame objetarle que, según mi real entender, el país que ahora han recobrado no es el mismo que les fué quitado en el principio. El grado de civilización que hoy presenta, aún admitiendo la parte que en ella hayan podido cumplir ustedes, es superior al que tenía entonces; por lo que me parece, salvo opinión más autorizada, que, con todo, tendrán ustedes no poco que agradecerles a ellos.

Pude ver que mis palabras le causaron cierta contrariedad que no trató de ocultar, antes bien, enarcando las cejas, preguntó:

—¿Civilización? Me parece que usted se ha olvidado de aquel proverbio muy inglés que dice: "Pollo que chirría no rasca, chicks that chirp but won't scratch". Para mayor claridad en lo que queremos decir, permítame que analicemos, siempre de paso, el significado de esta palabra "civilización". Será, desde luego, una disgregación más en esta entrevista, pero del todo necesaria.

Se quedó un instante mirándose las manos, mientras se concentraba en sus pensamientos, y luego empezó con toda modestia:

—Debemos contradecir, en primer lugar, esa creencia tan generalizada en el mundo, sobre todo desde que fué científicamente expuesta por Marx, de que sólo las condiciones materiales del medio son causa de reacciones en el hombre, porque ello equivale no sólo a limitar la personalidad humana y negar la definición misma del hombre según la ontología universal, sino también anular la Historia misma, si bien es verdad que esta última puede prestarse para hacerse aquella afirmación, siendo que la Historia no es más que una concepción de ciertos aspectos de la Humanidad, conceptos desde luego externos y observados a través de los sentidos particulares del historiador. Pero es notorio que si Marx tuviese razón, no podría explicarse la existencia de un Shakespeare, de un Platón, de un Cervantes, de un Goethe, y de unos Aristóteles, Descartes, Kant, Einstein, el Bramante, Beethoven, Mozart,



Rafael y Rembrand, Francisco de Asís, Bacon, Racine y Pitágoras, de Vinci y Nostradamus, de un Darío, y, en fin, la existencia del mismo Quetzalcoatl, quienes demostraron que a más del material hay otro factor que tomar en cuenta. Y fueron, precisamente, los hombres que aceptaron y comprendieron tal punto de vista los que dignificaron la vida misma. Una vez aceptado esto mismo también por nosotros, fácilmente podremos convenir en que toda civilización es el producto de dos factores que están en correlación con las dos naturalezas material y espiritual del hombre, llamados respectivamente progreso y cultura. El primero abarca el grado de mejoramiento objetivo alcanzado por una sociedad; el segundo, que es de orden subjetivo, expresa el grado de su evolución espiritual; y en este mismo orden suelen necesariamente aparecer, obedeciendo ambos estímulos peculiares para ulterior desarrollo. Así, el móvil del progreso es originalmente el agente económico, pues la producción material exclusivamente constituye la génesis de los fenómenos sociales. Esta es la fase en que el hombre piensa con el estómago, y en la que la falta de comodidades materiales le agudiza el ingenio para hacer avanzar aquel progreso. Pero dejado a sí mismo, al llegar éste a un desarrollo tal que haya satisfecho en su mayor parte aquellas necesidades, tiende no a estacionarse —nada hay inmóvil en el universo—, sino a involucionar por autodestrucción. Para hacerle reanudar el avance será necesario el concurso del otro factor, o sea del cultural, el cual está basado no en las ideas, sino en los ideales de religión, primero, y de ética universal, por último; es decir, primero en la creencia o amor a Dios, y después en el amor a los demás hombres.

“Ampliando nuestros análisis, podemos clasificar los directores de los fenómenos sociales como sigue: primero, los económicos, que sirven de marco y soporte a los hechos sociales llamados intermedios por participar a la vez de ambas naturalezas: material y espiritual, y que son: los religiosos, genésicos o familiares, jurídicos, intelectuales, artísticos, políticos y morales; y segundo, los éticos puros, que son los que hacen desaparecer el tuyo y el mío y a los cuales debemos el ser imagen y semejanza de Dios.



“Para las civilizaciones actuales, en las que aún se está lejos de pisar el umbral de esta clase de ética, podemos resumir como sigue las actividades fundamentalmente propulsoras de ellas: primero, la científica, que crea y organiza los medios técnicos para alcanzar el desarrollo económico y la cooperación o asistencia mutua entre los elementos de una sociedad, asistencia que no podrá menos que ser deficiente; después, la moralista, que engendra el deseo y la aptitud de aplicar casi continua y desinteresadamente dichos medios, agregando un criterio religioso en el ejercicio de éstos; y, por último, la artística, que une en sí las dos anteriores con expresión de lo bello.

“Vemos, pues, que la civilización de un pueblo es la expresión de su desarrollo integral y armónico en sus dos aspectos tomados como un todo, y toda civilización es el estado actual de ese equilibrio, que al llegar juntos al acmé de su desarrollo constituyen la civilización ideal a la cual se acercó tanto el período que se llamó del Renacimiento. Mas al romperse dicha armonía o no llegarse a establecer por predominar uno de los dos términos sobre el otro, la civilización adquiere los caracteres de mística o bárbara según impere la cultura sobre el progreso o viceversa, aunque, según nuestra definición, no debería en este último caso llamarse civilización. Por su parte, las reacciones del hombre en el mundo de lo ideal es lo que alimenta e impulsa la cultura, siendo precisamente el responder a ese mundo con hechos igualmente ideales lo que determina la grandeza de un hombre. Por eso, hombres de esta clase aparecen sólo en ambientes apropiados, inteligentes y cultos; y cuando raramente vienen a presentarse en medios faltos de estos atributos suele decirse que se adelantaron a su época, que es un decir por cierto falso, pues no hay tal adelanto sino atraso: atraso de los demás que no pueden presentar el mismo progreso que aquél.

“Volviendo a nuestro propio ambiente en donde no se perdonaban ni las más pequeñas deudas, fácil será admitir que con estas y aquellas características sociales de que hemos hablado no había ni podía haber cultura entre nosotros, pudiendo decirse que en él imperaba el régimen feudal de las noches medievales y las costumbres de la



Roma de los Césares, que sólo dos amores conocía: amor de poder y de placer, que se podía resumir en el amor de vicios. Y ¡ay! del que viniera a interponerse entre estos y sus amores; más le valdría no haber nacido. Fiel testimonio de aquella decadencia (pero ¿qué más que consumíamos arroz y azúcar de El Salvador, maíz de Honduras y Nicaragua, sal de México, carne de Nicaragua, y de Estados Unidos lo demás, incluso el pan?) es el conocimiento de que en el país había un estanco por cada cien habitantes, en los cuales se bebía a toda hora y sin restricciones, hasta ser cosa muy natural que hombres y mujeres bebiesen desde en la cuna y en un promedio de tres y cuatro litros de aguardiente por cabeza, en vez de la leche a la cual sólo le conocíamos el color, y muchos de nosotros ni el color. Lugares como la aldea de Ixpaco (1949), "en donde no hay una escuela, ni un botiquín, ni un oratorio, ni una panadería, ni una tienda de ropas, ni un custodio del orden público, ni siquiera un mesón para que tomen una taza de café los caminantes, pero hay siete estancos abiertos a todas horas, los días de trabajo y los festivos", fueron siempre frecuentes en nuestra geografía. Y bien sabemos que se bebe por el deseo de evadirse de una pena o de un dolor moral o material, debido unas veces a privaciones y otras a remordimientos; porque un hombre feliz nunca es borracho, un pueblo contento nunca es bebedor. Aquí todos bebíamos con exceso, ricos y pobres: los pobres para olvidar su miserias, los ricos para acallar su conciencia, y ambos para evadirnos del infierno que unos lo teníamos por fuera, y otros por dentro. Es también testimonio de esa decadencia, el sistema de multas disciplinarias que para hacer sesionar a los diputados del Congreso Nacional fué necesario establecer, cuando no había dictador y, por consiguiente, voluntad que respetar (y no olvidemos que un Congreso de esta clase es el vivo reflejo de su pueblo cuando aquéllos resultan electos más o menos libremente, como ocurría entonces); sesiones que, por su parte, tienen igual valor como pruebas del mismo aserto, si en ellas lo que imperaba eran los insultos y las ofensas de pésimo gusto, porque creían que la meta o el pináculo de la carrera de un político era al-



canzar una curul, y después la muerte. La curul para ellos significaba, pues, lo que la Catedral de San Pedro para los católicos, o el Monte Sanaí para los judíos: alcanzar una curul y después morir. Y morían, ciertamente, sin dejar otra huella de su paso, salvo cuando se limitaban a cabecear, que entonces no dejaban ni siquiera esta huella; muerte tan sólo lamentada por su partido cuyos intereses habían puesto por encima de todos los otros, excepto del propio. Prueba es también el acrecentamiento del sectarismo que ya rayaba en algo parecido a lucha de clases, y otras muchas que podríamos citar; aunque es bastante con las señaladas para comprender que en un ambiente en el que reinaban tales condiciones no podía ser sino utopía esperar algo bueno, ni siquiera la sola tendencia hacia una estructura social evolutiva, por carecerse de una burguesía consciente; de una burguesía que hubiese sido capaz de hacer frente a aquella involución apoyándose en ideales, no tal vez en el ideal de la personalidad del Renacimiento, que sería mucho pedir, pero siquiera en el de los derechos humanos o civiles, o en el de un patriotismo bien entendido o que fuese al menos impulsado por la propia conveniencia; carencia que se debía no a la ausencia de la base económica, como ocurría en la Rusia del siglo XVII, base que aquí ha sido más o menos floreciente y monopolizada por ellos mismos, sino a la falta de buena voluntad, con lo que resultaba que los explotados fuésemos nosotros en lugar de los recursos naturales; inconsciencia a que dicha burguesía la hizo empeñarse desde un principio en tratar de igualarse por todos los medios a ciertas burguesías de otras partes, sin poder conseguirlo, desde luego, ya que se negó siempre a salir nunca del primitivismo del siglo XIV en que eternamente ha vivido, pero concluyendo al final en dar por lograda aquella pretendida igualdad, y más aún, en creerse más que aquellas burguesías. No hace falta, pues, poseer raros dones de clarividencia para notar que progreso, si lo hubo, fué necesariamente rudimentario y limitado a la capital, al cual progreso creían que aplicaban base científica sólo porque hacían uso de métodos que podríamos llamar rígidos, pero en los que usaban a veces medidas falsas si no caprichosas. La base



realmente científica habría sido haber engrandecido y exaltado nuestra tradición en vez de tratar de ahogarla y destruirla por los medios más violentos, y conformarse con la personalidad que les correspondía en propiedad, aunque ésta fuese de tipo humilde, como no podía ser de otra manera. Pero ellos lo entendían al revés, como era también contrariante su afán en dar fórmula matemática, según era costumbre de la época, hasta a los mismos sentimientos, sin parar mientes en la imposibilidad de encontrar medidas universales que pudiesen aplicarse a todos los casos, ya que cada quien sentía de modo distinto a los demás, y hasta había quienes no sentían del todo...

“En donde esta arbitraria aplicación de la ciencia resultaba más ridícula era en el campo del arte. Se sabe que, por lo menos en el mundo profano, el fin de la ciencia es el de buscar, conocer y comprender el mundo real y objetivo, muy distinto al del arte, cual es: dirigir y mejorar el mundo de lo ideal con expresión subjetiva, del modo que fué entendido por los de aquella edad dorada o Renacimiento, quienes pudieron haber dicho: “Si pericia es sabiduría en acción, arte es belleza igualmente en acción”, pues que ellos hacían del arte la varita mágica que trocaba en orgánico lo inorgánico y en vivo lo inanimado. Pero en los tiempos de hoy, por el asesinato científico de las Musas y de Pegaso, y el arrasamiento técnico del Parnaso, del Helicón, del Pindo y de todo otro lugar semejante—salvo sus personales olimpos—, vino dicha varita a degradar todo lo que tocaba, trastocándose en una retroversión más bien dolorosa, y acabando por ser no más que una varita vulgar, o, en el mejor de los casos, la misma cabeza de Medusa. Era que habían roto con lo clásico, “la línea curva y cerrada” de Suares, para hacerla mixta y limitada por sus dos extremos. Y el iconoclasismo había sentado sus reales, porque había sed de cosas nuevas, apetito de nuevas normas; y se sabe que, fisiológicamente hablando, el apetito no es guía seguro para lograr una buena alimentación; hay que agregar un factor más... Y a esto, que llamaban Vanguardismo o Modernismo, y al cual rendían culto, le daban sin querer perfecta definición cuando ellos mismos decían que “es la influencia del espíritu mo-



derno del mundo antiguo y del espíritu antiguo del mundo moderno" (A. Vega), pues con ello no hacían más que confesar, toda vez que el espíritu es inmutable, la verdad histórica de que en todos los tiempos ha sido el hombre tentado por el ridículo, al cual supo oponerse cuando eran exigibles los valores y había vergüenza y responsabilidad. Pero ahora, que tales cosas se han olvidado, surge hasta el ridículo, como surgen las peores cosas en el caballo que se lanza a la carrera al perder los frenos. Por eso suele decirse con sobrada razón que hoy se tiene como bueno lo que antes se tenía como malo.

"El caso de la pintura era típico. Las exhibiciones de este arte así llamado no tenían nada de dignidad, ni siquiera buen juicio o sentido común, sino que eran a lo sumo expresiones vacías con derroche de las más absurdas licencias que hacían honor a su época de abusos; expresiones que llamaríamos infantiles a no ser por lo a veces funesto de sus consecuencias; caricaturas, en fin, que cuando tenían algo de divertido daban ganas de llorar, siendo eméticas en otros casos, como expresiones psicopáticas que luego movían a preguntar a los pintores si realmente quisieron pintar eso que allí mostraban. Se había renunciado a hacer del arte el puente entre ambos mundos, el de abajo y el de arriba, sencillamente porque negaban la existencia de éste y de todo idealismo que se opusiera a su rudo materialismo y a su excesiva libertad o, más propiamente, libertinaje, para hacerlo rastrear exclusivamente en el mundo de abajo, sin profundizar, como giraban en nosotros los colores de nuestros vestidos: sin pasar jamás de la epidermis, faltando así aquél a su propia finalidad, de tal suerte que sus imágenes y grabados no servían para enseñarnos a amar la vida, sino a menospreciarla; no para enseñarnos a construir nada sino a destruirlo todo, conduciéndonos en vez de a la felicidad a la desesperación. De aquí que artista vanguardista debía ser sinónimo de artista desconsiderado del prójimo. Porque para él el arte era una simple concepción cerebral, fruto de un individualismo grosero que debía llevarnos inevitablemente a la negación del arte puro, siendo que éste es concepción psíquica, participando desde luego de todos los atributos de ésta misma,



para ser universal en el tiempo y en el espacio. Esta es la diferencia entre las manifestaciones verdaderamente artísticas del hombre evolucionado y consciente de su alma, de la del hombre primitivo, el cual, si creía en el alma, era de modo teórico, sin nociones de élla para poderla sentir. Sólo el primero, por sentirla íntimamente puede hacerla proyectarse en el lienzo, al conjuro de una suprema ternura, proyección que será eterna y universal como es eterna y universal aquélla. Y a una proyección así, todos los hombres evolucionados, todos los hombres sensitivos sabrán interpretarla correctamente sin ningún esfuerzo y sentir lo mismo que el autor de ella, aunque ésta no tuviese título explicativo; en oposición a lo que vemos entre nuestros pintores modernistas cuyas obras siempre han menester de un título al pie que declare su significado, a fin de que tal imagen no la confundan con algo del otro mundo, título que a la vez explique la posición exacta que debe dársele al cuadro, ya que suele verse lo mismo con los pies hacia abajo que hacia arriba, o hacia un lado.

“Eran muchos los tipos de pintura que a destajo habían inventado para disimular —jamás ocultar— su mediocridad, a los que llamaban unas veces Impresionismo, otras Sobrerrealismo, ya Cubismo, la Creacionismo o bien Dadaísmo, Vorticismo, Post-Impresionismo y otros tantos ultraísmos siempre sectarios y de audacia obsesionante que, con excepción del primero, no van más allá de ser esquemas de líneas rectas con jeroglíficos o como lucubraciones con pigmentos, abreviaturas sin magia, símbolos cromáticos tan personales (precisamente la originalidad de tales símbolos constituía al verdadero artista) que sólo para su autor la pintura tenía significado, si hemos de dar fe a sus palabras cuando afirmaba que sí sabía lo que había pintado, teniendo todos ellos en común el infringir las normas naturales a más de los cánones de la moral en arte o del buen gusto, y hasta este modo falso de ver las cosas, tanto más falso cuanto que pretendían expresarse hasta fuera del tiempo y las distancias en su vano afán de buscar la inmortalidad, no consiguiendo sino lo contrario: una duración efímera, porque no excitaban más que los sentidos; una duración más fugaz de lo que vive una flor, muriendo a ve-



ces antes de secarse la pintura. En resumidas cuentas, lo engendrado por ellos era un estado caótico cuya defensa hacían diciendo que del caos surgió la creación y surgió la vida, pero olvidando que tal resurgimiento fué posible por haber sido dirigido por la Inteligencia Cósmica y planeado por la Consciencia Universal, lo que no ocurre cuando el caos es producto del hombre, efecto de una inteligencia desquiciada y de una conciencia nublada; de un caos semejante podrá surgir todo, menos la vida. Pero a todo argumento como éste oponían su alegato de que nuestra corta mentalidad nos impide entenderlo, exactamente como se dice de la teoría de la relatividad de Einstein, ya que de previo tenía uno que ir sabido que lo emotivo, o sea el arte propiamente, está en la pintura y sus tonalidades, y no en el dibujo, pues éste no es sino el razonamiento, la parte digamos científica del cuadro, necesitándose descuidar ésta por completo para dedicarse con exclusividad a la primera, o sea a los pigmentos, si se quiere obtener una verdadera obra de arte. Lo malo es que olvidan que el razonamiento es innato y forma parte de la esencia del hombre. ¿O es que se trata de hacerlo renunciar a lo único que en nuestros días lo diferencia del bruto? Y hasta cabe preguntar si tal intención es irreflexiva o alocada, o es, al contrario, razonada; pero si es razonada, ¿qué razón es ésta, o cuál es el móvil, oculto hasta ahora, que impulsa a dicho arte?... Pero si no gustaban de ninguna crítica, gustaban en cambio de criticar, y acremente por cierto, al arte y a los artistas clásicos a los que llamaban mediocres, los que tenían que recorrer, decían, caminos gastados, "por ser física y moralmente inertes y por lo tanto, inaptos para abrir nuevas brechas y dar nuevos brotes, como si la humanidad hubiese empleado poco esfuerzo en alcanzar esto que ahora despreciaban tanto. No hay duda que todo diablo elogia el pantano en que le tocó nacer. Crítica que extendían al mismo público que aún se resistía a comulgar con ellos y, por ende, a comprarles sus cuadros, al cual llamaron ignorante, insensible y falto de inquietud artística, cuando lo que le faltaba era inquietud paranoica, el cual "defecto" se proponían subsanar por medio de la educación, o sea aumentando la frecuencia de las expo-



siciones de esos cuadros hasta familiarizar a dicho público con ellos, esto es, contagiario y hacerlo igualmente perder el juicio, con lo que al final debían lograr negociar aquellos. ¿Pero, de veras era sólo esto lo que querían?...

“Este tipo que llamaban Simbolismo habría resultado hermoso de haber tenido talento e idealismo sus pintores; pero como la mayoría carecía de tales atributos, sus trozos de pintura, a veces hasta sin dominio de la paleta, eran no más que discordancias del trazo y del color empleados por los jazz-bands pictóricos de avanzada. El Realismo, que ha sido la verdadera expresión del arte por el cual se da “forma” a la imagen con la ayuda de la tercera dimensión que enseñó Velázquez o Cézanne, no era ni siquiera un realismo “a outrance”, sino la antiestética reproducción del lado prosaico y vulgar de las cosas. Y conste que estos últimos corresponden al arte que ellos llaman humanizado; puede imaginarse cómo serán aquellos que, como el Expresionismo y el Surrealismo, llaman arte deshumanizado... Y se diría afortunada la circunstancia de que algunos de estos tipos van ya de capa caída y en proceso de desaparecer, si no hubiera la posibilidad de que fuesen sustituidos con algo peor, es decir, con algo de menos genialidad, porque cuando no hay espiritualidad, sólo el genio puede engrandecer una vulgaridad. Pero no nos toca ahora definir el arte del genio.

“Y esas morbosas expresiones eran exhibidas con la frecuencia recomendada y estudiadas en serio en academias que llamaban de bellas artes, cuando su belleza, si tenía alguna, consistía en la calidad del pigmento o en la pomposidad de su aplicación, y nunca en las cualidades intrínsecas del pintor, y cuyo arte, cuando mucho, era el puro sentido de exagerar las perspectivas. No es que queramos decir que tales métodos sean feos o malos, porque tales cosas no existen en el universo; pero estas manifestaciones no eran precisamente estéticas —aunque tenían la bondad de hacernos admirar y amar más que nunca la belleza de Atenas o del Renacimiento— a menos que a sus cuadros les diesen nombres o títulos más en consonancia con la imagen o sombra de imagen a la cual más se parecían. Tampoco censuramos las exhibiciones de tales obras,



las que deberán ser consideradas como modelos de pinturas raras o como colección de combinaciones de colores, o bien como muestrario de las psicopatías reinantes, pero a condición de aconsejarse claramente su no imitación, como quien enseña algo que no debe hacerse. Debemos también aclarar que lejos estamos de ser opositores sistemáticos a las innovaciones en el arte, las que aceptamos, pero siempre que el arte siga siendo arte, como así supieron entenderlo Delacroix, Gericault, Gros y otros tantos del Romanticismo, por lo que dichas innovaciones podrán sólo ser hechas por artistas de verdad y no por mecánicos imitadores, pues de este modo las suyas se reducirían a habilidades de artesano: que mientras el artista trabaja con manos, cabeza y corazón, aquél sólo emplea manos y cabeza. Y al que arguya que se juzga según el cristal con que se mira, le diremos que es según el grado cultural de cada uno, que es casi como decir de su sentido común. Lo que sí da risa es que a esto quieran llamar subjetivismo, alegando que el pintor "hacia ver la escena tal como él la había sentido", lo cual es inadmisibile e inexacto: inadmisibile, porque todo el mundo reclama un arte de observación impersonal, exacta y positiva, e inexacto porque el suyo es un subjetivismo "sin subjetivo", como ya vimos, y, por lo tanto, aquéllas resultan ser expresiones propias de pueblos inmaduros y aún no disciplinados por el estudio, como los pueblos de la China, del Indostán y de nuestras tribus Mayas. Pero ellos iban más allá: decían que esta pintura de vanguardia es vista, interpretada y sentida con ojos, inteligencia y sensibilidad nuevos y frescos; no queda entonces más que aceptar que hoy tenemos un hombre distinto al de ayer, un hombre nuevo, acabado de nacer o, mejor, vuelto de súbito Superhombre por obra y gracia del mago Mandrake...

"Todo, por olvidar que en este arte hay tres verdades concatenadas, a saber: maestría de técnica, sensibilidad de artista y capacidad temperamental de pintor, para recordar cuando más sólo la primera; de aquí que, en vez de personalidad, lo que mostraban era amaneramiento que al final les hacía decir: "Ahora que soy viejo, comienzo a ver que no sé nada más de lo que sabía cuando joven". Y



así tenía que sucederles, habiendo como habían olvidado que las bellas artes no se conciben en el cerebro, ni en el estómago, sino en el corazón, condición ésta que presume la existencia de éste. No basta, pues, la sensibilidad para ser artista: es, además, necesario el sentimiento; con sólo la primera no cabe el método, ni la regularidad en los períodos, ni el ritmo, como cabe con el segundo. Pero preferían la sensibilidad porque puede obedecer a estímulos internos, como la sensibilidad de una muela cariada o de un acceso de gota, en tanto el sentimiento es siempre respuesta a algo que está fuera de nosotros. Por allí alguien ha dicho, con notable buen juicio, que el artista es la cuerda que suena bajo el golpe del plectro que la hace vibrar. El arte consistirá en plasmar en la tela, mármol, etc., la vibración de esa cuerda, pero sin perder de vista la relación que hay entre esa vibración y el plectro, así como la que hay entre éste y el mundo de afuera al cual pertenece, siendo dicho plectro, por consiguiente, algo material y definido. La cuerda, pues, no ha vibrado por el simple roce de una idea interna, de una idea abstracta y sin relación a la experiencia, porque adquirir esto sería suponer al artista viviendo en un mundo irreal y forzosamente falso y absurdo, por irracional, pues aunque el sentimiento y no las manos (pincel, cincel, etc.), parece haber sido el creador en ciertos artistas clásicos, no debemos olvidar que siempre el sentimiento resulta haber sido despertado o movido por una sensación física que entró por los sentidos, o sea por una sensación real y definida. Y debe saberse que las sensaciones de los sentidos raras veces son vagas, salvo cuando nos son dadas durante ciertos estados semiconscientes, en los cuales casos nos quedamos en suspenso, esperando su repetición si es posible, sin reaccionar a ella a menos que obedezcamos a la idea que hizo germinar esa vaga sensación; pero nótese que en tal caso el plectro lo constituye esa idea y no esta sensación, idea que no podrá menos que engendrar un sentimiento perfectamente definido y una vibración igualmente definida en la cuerda. No menos precisión empleó Robert Wlerick cuando dijo: "Una obra para ser bella, debe tener el encanto de la espontaneidad y la vida". Y cuando agregaba: "La vida es lo



que importa; el artista no la debe apagar. La búsqueda del infinito no debe usarse como pretexto para quitar a sus obras de arte los acentos que le dan sus estremecimientos, su calor, su vida, su arte, en fin, para ser una obra apagada, muerta, sin alientos..." Y ¿qué infinito puede haber en una cosa sin luz, sin vida y sin alientos? Y ¿cómo atrapar ese infinito sin cruzar antes el umbral de la perfección? Y de este umbral, por lo demás, se afanaban por mantenerse siempre lejos, pues como buenos nihilistas, al par que creían que el arte gira en torno de lo humano, siendo que es expresión de eso humano, suponían que la perfección está fuera y por encima del hombre, siendo que está precisamente dentro de él, en su esencia espiritual y cósmica. Y es poniéndose él mismo en armonía con esta esencia que el hombre podrá realizar la verdadera liberación del arte, la que no consiste, como solían decir, en llegar a lo sobrenatural en un sentido sobrenatural ni en ningún otro, sino en llegar a la esencia de la naturaleza por la esencia misma del hombre, es decir, en ser hombre de vida antes de ser hombre de arte, por lo que ciencia y arte se resumen, tal cual lo sintiera Chopin. Podría decirse que la esencia de las cosas, o sea su existencia real, es distinta a la aparente; pero, en todo caso, nunca están ellas tan contrapuestas como para negarse la una a la otra. Véase, pues que la obra del artista no es la de deshumanizar el arte, como pretenden al tratar de excusar su ridículo iconoclasismo, lo que no sería sino monstruoso; sino la de imprimirle su segunda naturaleza humana, o sea la Cósmica o Universal, para reafirmar y reforzar su propia personalidad, del modo como fué comprobado por de Vinci, Boticelli, Rafael, Miguel Angel, Jan Van Eyck, Van Dick, Rubens, Giovanni. Giotto, El Ticiano. Corregio, Mabuse, Rembrandt, Murillo, etc., para reducirnos sólo a los pintores.

"Era por esto que había quienes querían atribuir la razón de estas formas iconoclastas al radio, a la televisión o a las ascensiones estratosféricas, y otros con mayor acierto la imputaban a esto que los psicólogos llamaron temperamentos narcisistas y exhibicionistas, autoeróticos en el fondo; pero la verdad es que ambas suposicio-



nes no son sino efectos de una misma causa: la carencia de espiritualidad que caracterizó a la época, con la implícita negación de los valores que sancionaba la filosofía contemporánea, y que les hacía sacrificar el Renacimiento por las teorías de Marx. Y bien sabemos que en los procesos naturales no se puede dar saltos: al faltar un eslabón la cadena se pierde. Por eso era que dicho arte estaba en perfecto acuerdo con el estilo arquitectónico de la época: sobrio, admirable en elevación y técnica, pero mudos e insensibles como objetos sin alma que eran, o mejor, con alma de hierro. No evocaban reminiscencia, como al contemplar la Venus de Milo, sino idea de grandeza, como al mirar la estatua de la Libertad, en aquellos casos en que era dable entenderlo. Porque visualizaban un cuadro no con la inspiración psíquica a que tiene derecho y exige el arte genuino para afirmar sus propias manifestaciones cósmicas, sino con la maestría de un cientista que planea un rascacielos, aunque los de ellos tampoco rascaban nada. Se carecía, pues, de toda emoción artística, sirviéndose de la fantasía para dar alas a su maestría en vez de aquel vehículo de las fuerzas psíquicas, divorciándose así de sus propias sensaciones o creando entre su sensación y la realidad una como cortina de hierro, lo cual conducía a una contradicción más: se dice de todo pintor que cuando pinta una imagen en realidad pinta dos: una de sí mismo y la otra de lo que está copiando; pues bien, con nuestros modernistas no ocurría así, que aquí todo lo que importa es pintar sólo una de ellas, la primera, que ya el rótulo se encargará de "hacer parecerse" al modelo; con lo cual acusaban algo más que deficiencia evolutiva: una verdadera involución espiritual muy semejante a la que nosotros mismos sufríamos en nuestra vida de esclavos. Pero ¿dónde habían hombres libres?...

"Se comprende que cuanto hemos dicho acerca de la pintura es aplicable a la música, la escultura, la poesía y a todas las obras artísticas así llamadas de esta época inconsciente; que toda obra de hombre es bella sólo cuando es animada por los valores eternos y palpita en ella su aliento redentor y vitalizante. Pero con aquellos conceptos tos materialistas de que hemos hablado, ataban la psi-



quis, imposibilitando tanto la inspiración como la emoción artística y hasta la meditación. Y bien sabemos que es por esta última, cuando aplicada a una idea virtuosa (virtuosa porque debe despertar nuestra admiración, que es el punto de partida), que se consigue siquiera fugazmente el silencio de la carne o cárcel del alma, como paso previo a la liberación de esta misma por un proceso semejante al de éxtasis y que algunos llaman "polaridad" o "permeabilidad", siendo su verdadero nombre "entonamiento cósmico", alma que una vez liberada, aunque siempre guiada por su propia mente, viene a confundirse no con las cosas, sino con la esencia o espíritu de ellas, a lo cual Antheaume y Dromard no pudieron menos que llamar comunión, comunicándonos su sentir en su lenguaje propio esencialmente universal. En tal momento nos hemos hecho conscientes de la permanente unión o fusión de nuestra alma con el Gran Todo, fusión permanente, decimos, porque lo estamos siempre aunque no nos demos cuenta de ello. Y esta consciente unión o identificación con dicha esencia es lo que constituye la inspiración o iluminación (o bien intuición en otros casos, lo que explica por qué el artista es también profeta —vate— al poder ver la verdadera estructura de la vida y del hombre a través de su apariencia), inspiración que se nos revelará en el lenguaje mismo de la Creación, constructivo e infinito, abriéndonos el pecho al amor hacia toda criatura; revelación que va a producir en nosotros la emoción artística que luego se manifestará a través del lenguaje aún limitado del artista, pero que no por ser parcial su expresión será menos universal su carácter.

"De aquí que tanto el artista como el científico mismo, para serlo de veras, habrán de ser místicos, lo que no debe confundirse con religioso, dado que actualmente religión es el conjunto de teología, devoción, milagros y dogmas, y a veces un poco de ascetismo; pero místico se es ya en el estado de investigación durante la meditación profunda. Así, somos místicos desde el momento en que sin trabas ni prejuicios tratamos de establecer relación entre los fenómenos o las cosas y nosotros, o sea, cuando intentamos comprendernos nosotros mismos y compren-



der al universo, del que somos una parte, intento éste que casi siempre realizamos hasta en la edad avanzada, por lo cual Goethe pudo decir que somos místicos hasta que llegamos a la vejez. Y es natural que al negarse el eslabón espiritual, se niega todo, incluso la ciencia y el arte en su conceptos puros, pues el materialismo ahoga toda expresión mística, religiosa y hasta la moralista.

Hizo una breve pausa, haciéndome saber que habíamos llegado al término de tan amena y sugestiva digresión, y concluyó después:

—Siendo éste el mundo en que vivíamos, no podía, en final de análisis, haber habido mayor progreso, y el poco que había, como creemos haber dicho ya, se lo debíamos a nuestro propio esfuerzo, pues si ellos planeaban y dirigían —y ¡qué malos eran también como planeadores y directores!—, éramos nosotros los que sudábamos con sudor de lágrimas y de sangre —mal remunerados, cuando había remuneración—, como los únicos obreros de la colmena. Todo esto sea dicho sin hablar de la inmisericorde explotación que hacían del suelo, al que casi han dejado aniquilado, no siendo ya ni la sombra de aquella tierra fértil y opulenta que nos arrebataron un día. Pero no olvidemos que civilización y democracia son dos conceptos inherentes que constituyen una misma cosa. Y con esto espero que su objeción haya quedado satisfactoriamente impugnada.

—Más de lo que esperaba —le dije—, al extremo que le estoy profundamente agradecido, pudiendo decir ahora y antes de abandonar este bello tema de la pintura, que si yo fuera pintor expresaría gráficamente vuestro desventurado pasado dibujando a los ladinos con el agua al cuello y el látigo en la mano, y ustedes —miseros labriegos—, debajo, soportando su peso y todo, para hacerles mantener a ellos la cabeza fuera del agua.

—¡Exacto! (respondió con entusiasmo), que eran caballeros en indios; y nadie podrá decir que tal cuadro sea surrealista, si ellos estaban realmente parados sobre nuestros hombros —y cómo pesaban!—; de ahí que sus relaciones con nosotros no podían ser hechas sino por medio de sus pies y a través de sus duras botas... —(Se que-



dó un instante pensativo, para agregar)—: Y a ese cuadro suyo, para darle aún más realismo, le pondríamos al pie la leyenda siguiente: “El camino de Dios está en el mar, y su senda en la gran profundidad...” —(Adquirió su voz mayor solemnidad al decir)—: Pero no debe creerse que guardamos pizca de rencor, que con ello no adelantáramos un paso en el mejoramiento de nuestro país ni en nuestra evolución personal, a más de que el fuego de lo vivo no revive lo muerto. Eso sí, que son culpables, no cabe duda, de sus muchos yerros, puesto que en las sociedades humanas, a diferencia de lo que ocurre en la de los animales irracionales, hay responsabilidad en todos y en cada uno de sus miembros, de modo que achacar al tiempo, a las circunstancias o a las manchas del sol el error de los hombres, es un ridículo disparate, como lo es el decir que es “error juzgar lo antiguo con criterio moderno”, porque esto equivale a que sería error juzgar a Hitler como criminal de guerra de aquí a cien o más años, con el criterio que se tenga entonces. Si las civilizaciones o las barbaries fueran producto de la naturaleza como la belleza de la flor o de la mujer, entonces sí: no habría aquella responsabilidad ni habría mérito ni culpa en la construcción o en la destrucción de una civilización cualquiera; pero siendo ésta producto propiamente humano, y siendo cada hombre responsable de su actos, debe haber también responsabilidad colectiva, al menos cuando obraron positivamente o dejaron de obrar (omisión) de modo espontáneo o por libre determinación. Pero no es cierto que si el mundo es de todos, necesariamente aquellos errores son nuestros, y, por consiguiente, debemos aceptar en ellos nuestra proporcional responsabilidad para tratar de enmendar justamente las consecuencias de ellos. Y ésta es nuestra más grande victoria: ésta de poderlos considerar a todos como hermanos, tanto más que aquellas penalidades sufridas fueron la crucifixión de todo lo innecesario que había en nosotros, para que, aligerados de eso, diéramos un paso adelante en nuestro progreso psíquico, paso que nos hizo posible esta reconquista de poder consciente, que es lo que nos hace creer que vamos en vías de lograr al fin la verdadera igualdad nacional, toda vez que ahora ya na-



die tendrá motivos para creerse ni más ni menos que otro, tornándose necesariamente en condición real y verdad práctica los ideales de solidaridad y unión entre todos los guatemaltecos, ideales cuya consecución no podría menos que llenarnos de satisfacción y paz interior, gozo de corazón y bondadosa disposición hacia todos, o sea el trípode en que descansa la perfección humana, la que para un gobernante se resume en gobernar con amor, que, a la postre, es el amor el que guía al mundo en la paz como en la guerra, cual dijo Scott.

¡Oh, el trabajo que me costaba convencerme de que realmente era eso lo que había oído, y no otra cosa! Mas parecía que soñaba, lo que en tal caso habría sido el mejor sueño de mi vida. Y he aquí que estaba despierto!... Recordé entonces que, otras veces, en mis ratos de ocio, casi había llegado a pensar de esa manera. A pensar en un mundo movido sólo por el amor y el deseo de servir, en el que todas las razas y todos los hombres eran hermanos y se sacrificaban unos por otros; en donde ya no se decía al saludar: "La paz sea con vosotros", sino: "El amor sea contigo". Un mundo diáfano y puro, apacible y feliz... Pero a los pocos que así pensaban les llamaban siempre soñadores, o sea ilusos, que es como decir poseídos de una locura eufórica y teñida de color de rosa, porque da ella un bienestar letificante; pues no se trata de una simple introspección, sino como si dijéramos la suplantación de las propias entrañas por coros de querubines, arpas y arco-iris... Pero, pese a todo, siempre era llamada locura, y loco al poseso, el cual, para eludirse de título tan degradante y ser llamado cuerdo o normal debía en seguida de abandonar esos pensamientos y ocupar su lugar en el mundo que todos conocemos, a fin de vivir de acuerdo con la decepcionante realidad de considerar al desconocido —y al conocido también— como algo completamente ajeno y distante de uno, aun siendo de la misma raza y hasta del mismo barrio. Por eso, esas sus palabras me supieron a reminiscencias, al par que me daban razón para creer que aquello que llamaban locura, seguro que no lo era, sino al revés: locura debía ser esta misma realidad que todos tenemos por normal. Y en este punto no



puedo dejar de preguntarme si la felicidad en que rebosaba el mundo de nuestros abuelos se debería a que soñaban más que sus actuales nietos...

Pero el presidente había reanudado su discurso, al parecer con la intención de poner de una vez el punto final que yo hacía lo posible porque lo pospusiera más y más. El dijo entonces:

—Necesario es que aclaremos que al haber dicho reconquista de poder consciente no nos referimos a este poder material del Estado, que es más efímero que la vida, y que lejos de proporcionar alegría y bienestar es pena y preocupación lo que da, por las graves responsabilidades que implica, pues “el que sea más grande debe ser el más servidor de todos”, al grado que gustoso se lo diéramos a quien tuviera los mismos o más grandes ideales que éstos que nos guían a nosotros y quisiera realizarlos; sino que con aquella expresión aludimos al valor integral de hombres conscientes que hemos adquirido, el cual dura más que la vida misma y al que debemos el haber vuelto a ser dignos de la memoria de nuestros antepasados y de toda otra memoria, tanto, que lo vemos y nos parece mentira. Pero Dios es grande, y su justicia es a veces lenta pero siempre segura. Y a El rogamos que no nos deje caer en el orgullo, ni en la soberbia, ni en ninguna otra vanidad que pueda enturbiar nuestra proverbial humildad e innata disposición para servir a todos los demás, así como enturbiar nuestra paz interior tan penosamente conquistada.

—No obstante —me adelanté a decir antes que él se levantase a despedirme, como yo temía—. No obstante, puede decirse que si es cierto que ustedes carecen de vanidad, abundan en cambio de dignidad personal, como es prueba la altivez con que ahora muchos de ustedes ostentan sus propios nombres que en otro tiempo se esforzaban en ocultar bajo “blancas” apariencias.

El sonrió por segunda vez, disipando con ello mis temores de que pondría ahora término a la entrevista, para contestarme:

—Como usted ya sabe, la razón por la cual tomaban nombres españoles la mayoría de los indígenas era que es-



peraban en vano grangearse así alguna consideración de aquéllos, en su eterna política de apaciguamiento. Ahora no sería raro, por idénticas razones, que fuesen ellos los que tratasen de ocultar los suyos bajo una apariencia indígena, lo que de parte de ellos no sería si no poner las cosas en su justo lugar. Es que (explicó ya en serio) el promedio de los indígenas poseen ya un nivel cultural superior a la de ésta que todavía merece llamarse masa ladina, quienes por creerse maestros y sabios y que nada les hacía falta, se quedaron fuera del luminoso plan de culturización que nos dieron a los demás. Gravisimo error —pero ¿cuándo acertaban los ladinos?—, pues pese a su alfabetismo e instrucción de que tanto se vanagloriaban, estaban y siguen estando tan dormidos interiormente como estábamos antes nosotros, si bien por otra parte nos alegra que se hayan quedado sin el consejo, pues así hoy estamos en capacidad de darles la misma clase de despertar que nos dieron a nosotros sus gobernantes, para quedar de amor pagado, ya que debe cosecharse todo lo que se siembra. Ahora, en cuanto a que abundemos en dignidad personal, es un hecho cierto, y, además, indispensable pada no torcer ni a derecha ni a izquierda.

—Lástima que ellos ignoren las buenas intenciones que les animan a ustedes —comenté—, pues a juzgar por el gigantesco éxodo en que huyen, parece que más bien temen represalias.

—Bien que saben lo que sentimos y conocen nuestros propósitos —repuso—, pero no lo quieren creer: ¿no se dice, pues, que cada uno juzga por su propio pecho? Por lo demás, y refiriéndonos a nuestros conciudadanos, en una democracia quienquiera puede ir adonde quiera y volver cuando quiera, pues no ha quedado ningún querubín guardando el Arbol de la Vida y blandiendo espada de fuego. Ellos, pues, nada tienen que temer, salvo los justos reproches de su propia conciencia, de los que no podrán librarse por mucho que corran, porque “quien hizo el cohombro lo llevará siempre al hombro”. ¿No dice el proverbio: “Huye el impío sin que nadie lo persiga”?... Y a ver si encuentran quien les tienda la mano, porque quien no se compadece de los caídos, debe temer que nadie



se la tienda si él mismo llega un día a caer. —(Y alzando la voz, añadió)—: ¿Qué habrá sido justo, siquiera lícito, o por lo menos honesto, el modo cómo éstos hacían patria?, esclavizando a toda una mayoría, o tratándola compulsivamente, por el solo derecho de la fuerza; a nosotros que ya nada les hacíamos, excepto servirles, con todo y que descendíamos de verdaderos reyes, de una dilatada monarquía de caciques de caciques, pues que nuestra forma de gobierno era semejante al arcontado de la Grecia del siglo VII, mismo siglo, por cierto, en que se estableció el reinado Quiché.

—¿Siglo VII? —No supe a qué horas le pregunté, sorprendido por sus últimas palabras, a lo cual él contestó:

—Sí, pues. Es que no es, como dicen los historiadores desde Ximénes hasta el último, o sea que la dinastía quiché tuvo principio en el año 1054 de la era cristiana, sin tomar en cuenta o a sabiendas de los errores en que incurrió el autor de la cronología de reyes, el cual omitió varias generaciones, sin duda por olvido, como en el caso demostrado de la sucesión del último Balam Quitzé por Qocavib, que no fué el paso de dos generaciones, como se dice en el Manuscrito, sino de seis, y olvidando también aquéllos que el promedio de la duración de la vida en tales tiempos de ejemplar sobriedad, era mayor de lo que comúnmente se cree. Así que sería más exacto calcular en unas veinte las generaciones coronadas, y decirse que el lapso de reyes en nuestra historia abarcó un período de aproximadamente ocho centurias, con lo que la dinastía quiché surgió poco después del último período del Gran Imperio Maya y como continuación de éste, y, por consiguiente, antes de la fundación del Imperio de los Incas, o cuando todavía España o una parte de ella era señorío de los godos.

—Pues yo también ignoraba todo eso —le dije modestamente—. Y me ha sorprendido en igual grado oírle referirse a Blam Quitzé como si hubiesen sido varios los de ese nombre y no sólo uno, que era lo que yo sabía por haberlo leído así en el Manuscrito o Popol Vuh. Le ruego me diga a qué debo atenerme.

El respondió:



—La verdad es que fueron varios, pues los nombres de los cuatro primeros hombres, en los que algunos quieren ver el símbolo de las cuatro razas fundamentales del mundo, interpretación que creían reforzada por la existencia de los cuatro caminos —rojo, blanco, negro y amarillo— que se encontraban en la vecindad del Xibalbá, así como por la de los gigantes (Bacab) de estos cuatro colores que protegían los cuatro ángulos del cielo y las cuatro letras Dominicales del calendario Maya, siendo que esos caminos no hacen más que aludir a las cuatro direcciones para indicar que desde cualquier parte se puede llegar a la degradación humana; en tanto otros opinan que aquellos primeros hombres se refieren a la magia blanca y negra o, hechicería, a semejanza de Harut y Marut del Corán, cuando a la verdad no tienen más significado que el de representar los hombres salvados del último diluvio bíblico, y que por tener todos ellos mujeres o compañeras menos uno, vienen a sumar siete las personas salvadas, igual suma que en la tradición de los Incas, lo cual tampoco debe tomarse como coincidencia dado que el 7 era número sagrado dentro de las creencias místicas de ambos pueblos, como lo es también en las Dhamas o leyes sagradas budistas y en las narraciones exegéticas del cristianismo y del judaísmo. Decimos, pues, que aquellos nombres se vinieron repitiendo en muchas de las generaciones siguientes, a veces de padres a hijos, como todavía se acostumbra en algunos de nuestros pueblos de occidente, pese a sus nombres que ahora se pronuncian en español, y otras veces de abuelos a nietos o a bisnietos, pudiendo en algunos casos ser adoptados por aquellos extraños que hubiesen sido sus más antiguos y fieles servidores, a los que entonces se les permitía muchas de las inmunidades de que gozaban sus amos, incluso —pero es en los últimos tiempos— hasta ser ascendidos a sacerdotes a la muerte de aquéllos, de manera que el número exacto de los que llevaron tales nombres es imposible de averiguar. Pero para los intereses de la historia podemos distinguir, entre los así llamados, tres órdenes o categorías principales que pertenecieron a tres distintas épocas bien definidas. Desde luego que hay muchas otras categorías, como la de los



que sirvieron de guía al comienzo de sus primeras peregrinaciones, o los que alcanzaron por primera vez los honores de sacerdotes, etc.; pero las principales son tres: la primera categoría corresponde a los verdugos progenitores de la humanidad; la segunda toca a los sacerdotes y sacrificadores que obtuvieron el título de patriarcas al madurar su estructura social, y quienes tuvieron principio en Tulán-Zuivá; y la tercera, a los últimos patriarcas o fundadores de la monarquía, quienes fueron originados en el Monte Hacavitz, los que, por ser también Maestros del misticismo, pusieron además las bases de lo que podríamos llamar escuela esotérica quiché.

—Perdone: ¿dijo usted escuela esotérica quiché? ¿He oído bien? —me apresuré a preguntarle.

—Eso mismo —contestó con su fría calma—, y creo que ya hablamos de ello al principio de esta charla, lo que, por otra parte, no debe sorprenderle siendo que en las iglesias del pasado, incluso en la misma Católica Romana, había la división entre lo que enseñaban a los miembros externos y lo que retenían en secreto para los pensadores avanzados de su escuela mística. En lo referente a nuestra iglesia o, mejor, Logia, las mismas escrituras que hemos comentado lo atestiguan al decir que al morir los fundadores de la dinastía dejaron a sus hijos por herencia ambos poderes: el material, que simboliza la corona, y el del espíritu, o sea las enseñanzas de las leyes naturales o cósmicas y demás principios que se han ocultado siempre a los ojos de la mayoría de los hombres y que son los que proporcionan el conocimiento matemático y verdadero de la vida, las cuales habían sido en el principio reveladas principalmente por Kukulcán o Quetzalcoatl del que también ya hablamos, deificado posteriormente como dios de los vientos por la mayoría profana de los toltecas, y como dios del planeta Venus por los Mayas, y hasta tomado por otros como réplica de Gucumatz. Era, pues, natural que el estudio y observancia de tales enseñanzas, escritas ahora en cortezas de árboles para fijar el orden a seguir, debía conducir al desarrollo psíquico o de los poderes espirituales del hombre; escritos que estos primeros reyes y Maestros hicieron guardar bajo el mis-



mo nombre que les habían dado en la Logia tolteca, o sea el de Pizón Gagal (y observe la semejanza, no fortuita, entre esta palabra Pizón Gagal y Pisgah, que es como se llama el monte desde el cual vió Moisés la Tierra Prometida), y que después también llamaron "envoltorio inconsútil", con el que lograrían sus herederos, según consejo de aquellos al morir, "ver de nuevo el lugar de donde habían venido", "lugar" que no era otro que el retorno al monoteísmo o su persistencia en él, que sólo entonces puede decirse del hombre que es imagen y semejanza de Dios. Por eso, invitándolos a iniciarse, les dijo a sus hijos: "Este envoltorio será vuestro poder". De ahí que el Manuscrito yerra al decir que éstos "jamás los desataban (el envoltorio), sino que estaba siempre enrollado", siendo que gracias precisamente a su observancia es que sus hijos siguieron siendo reyes modelos, tan modelos que se quedaron fuera de la memoria del narrador, a menos que con ello aquél se refiera a los últimos reyes, los que ciertamente se descuidaron y abandonaron la senda de la virtud y los prodigios, por lo cual, como bien dice el texto mismo, "las tribus ya no tenían ningún poder y vivían todas obligadas a servir diariamente". Y fué entonces, bajo el peso de tales tribulaciones, que recordaron, ya alrededor de la undécima centuria de Cristo, las recomendaciones de los reyes sabios; y deseando ahora salir de aquellas apreturas decidieron dar cumplimiento a éstas. Pero siendo su interés más bien materialista, no les fué permitido encontrar las preciosas escrituras; y así, mal interpretando aquellas palabras "el lugar de donde vinimos" como refiriéndose a la nación tolteca de Yucatán, que era el único país amigo que tenían al oriente, se fueron a visitar al rey de éste en Chichén Itzá. (Mayapán), para recibir de sus manos las investiduras reales, el cual rey, que también había abandonado la escuela del "divino", no obstante llamarse también Quetzalcoatl (Topiltzin Acxit Quetzalcoatl era su nombre completo), al que, además, se le conocía con el abreviado de Nacxiti, que significa caminante o andariego, por haber sido primero mercader, los complació como materialmente pudo, tan materialmente que al regresar a su pueblo quiché uno de tales príncipes



(Qocavib se llamaba) y encontrar “una alma débil” (la mujer de su hermano Qocaib que se había quedado retrasado) no tuvo reparos en conocerla ilícitamente, en tanto el otro, al volver, aceptaba como propio y también sin reparos el fruto engendrado ya. Obvio es decir que el envoltorio, al que sólo conocían de referencia, fué substituido por un paquete de plumas, piedrecillas, tabaco y otros cachivaches por el estilo que les dió el Señor de Yucatán y que más parecido tenía con la lista de los objetos que hasta recientemente había salido a vender dicho Señor; paquete que, no obstante su absoluta carencia de valor, fué primero supersticiosamente conservado como símbolo de autoridad suprema, hasta ser finalmente adorado como ídolo al continuarse las transgresiones, lo que les dió por resultado la pérdida de su soberanía, de modo igual que los Incas perdieron la suya al dejar de practicar las místicas enseñanzas recordadas por aquel a quien Piedrahita, el historiador de los Moiscas, erradamente identificó con el apóstol San Bartolomé.

“Pero nosotros, como legítimos herederos de la raza, hemos sido depositarios del verdadero envoltorio o “Pizón Gagal”, que, además, hemos estudiado como Dios manda, todo lo cual nos mueve a decir: “Gloria Victis” en vez de: “Vae Victis”, y gobernar rectamente, aunque no negamos la posibilidad —agregó con expresión dolorosa— de que algunos de los más ignorantes de los nuestros caigan en tentaciones que los lleve hasta consumir excesos o abusos, por desgracia inevitables, toda vez que cuando un niño empieza a andar huella hasta las flores, y porque, como usted comprende, el despertar de ahora tampoco fué de todos; pero si es verdad que, hasta cierto punto, esto puede servir a ellos de atenuante o excusa (y en tal sentido nos hemos referido a ello), no debe por eso entenderse que queremos rehuir o esquivar la responsabilidad de tales hechos, que es todo lo contrario: listos estamos a aceptarla en toda su extensión.

Sin detenerme a pensarlo mucho, le pregunté entonces:

—Y ¿no cree usted que los ladinos intenten cualquier cosa que los lleve a recuperar el poder?



—¡Quién sabe! —fué su respuesta. Y agregó—: Se dice que un pato muerto sigue teniendo el pico duro; pero aquí nuestra resistencia habrá de ser más dura todavía, porque representamos la mayoría. Y ¿quién, sin el concurso de las armas, pudo jamás a ésta volverla minoría?



La gran extensión de esta obra no permite su publicación en un solo volumen. De ahí la necesidad que hubo de dividirla en dos mitades, sin alterar en lo mínimo el texto original.